



Lucía Duque Muñoz, Jhon Williams Montoya Garay, Juan David Jiménez Reyes y Juan David Delgado Rozo
Impactos territoriales en la transición de la Colonia a la República en la Nueva Granada
 Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2013, 202 págs.

Los cuatro artículos aquí reunidos aquilatan, desde la geografía histórica, los cambios en el espacio neogranadino entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, para comprender la diversidad de apropiaciones territoriales efectuadas por las estructuras estatales colonial y republicana. Estas formas de organización y control del espacio son consideradas históricamente y se expresan en un conjunto de mapas que dan cuenta de la representación estatal en el espacio, y los modos en que se tramitaron los esfuerzos de organización, gestión y acaparamiento territorial.

El primer capítulo de esta compilación, “Geografía histórica e Independencia: algunas rutas de análisis” —preparado por Juan David Delgado Rozo—, ofrece un panorama

general sobre las formas en que puede estudiarse el proceso independentista neogranadino desde un enfoque histórico geográfico. El ensayo aborda varios aspectos relativos a la administración territorial y espacial de los estados monárquico y republicano. En primer lugar, evalúa el nivel de conocimiento sobre el territorio neogranadino que tuvo el Estado colonial hacia finales del periodo; luego realiza un análisis general de la estructura espacial colonial como elemento central en la comprensión de las implicaciones espaciales de la Independencia y, a continuación, considera los procesos de adaptación al medio natural de la población del norte de los Andes, en relación con dinámicas socioculturales en diversos pisos ecológicos, con el propósito de examinar la diversidad de impactos de las guerras de independencia.

Una interrogante emerge del escrutinio en torno a las relaciones entre la geografía histórica y la independencia neogranadina: ¿en la transición de la Colonia a la República se produjeron rupturas en relación con la gestión del territorio o, por el contrario, se acentuaron las continuidades? El trabajo advierte que la novedad apareció en el aprovechamiento de las regiones ‘periféricas’ —respecto de las centralidades urbanas andinas— por parte de los grupos independentistas como táctica de asedio de las poblaciones en las regiones altas. Dicha constatación pone en perspectiva cuatro aspectos: el asimétrico conocimiento y control de los espacios periféricos, en contraste con los entornos urbanos regionales de la cordillera andina; la diversidad de modos de administrarlos y racionalizarlos; el funcionamiento de todo un imaginario del territorio neogranadino a través de informes burocráticos, relatos de viajeros, etc., que tuvo usos y funciones muy específicas, tanto para la administración colonial como para la gestión de la guerra y,

finalmente, la aguda fragmentación del espacio nacional.

El segundo artículo, “Estructura urbano-regional del virreinato de Nueva Granada en la fase final de la Colonia” –autoría de Luis Carlos Jiménez Reyes– acomete el estudio funcional del virreinato en el marco de las reformas borbónicas, el conflicto armado independentista y la posterior configuración estatal-nacional colombiana. Estos aspectos se explican por medio de la presencia de factores inherentes a la organización espacial territorial del virreinato: el medio físico y sus condiciones para el desarrollo de actividades productivas y de vida; las estructuras económicas locales; las demandas del mercado mundial y sus efectos en la organización espacial; las exigencias políticas y las dinámicas propias del poder político.

Al introducir el concepto de jerarquía urbana, el artículo identifica los sistemas regionales del virreinato nucleados en ciudades con niveles diferenciados de influencia, determinados, a su vez, por la concentración de un conjunto de elementos relacionados con la densidad poblacional, la administración estatal y eclesiástica, la presencia de entidades que organizan el comercio y la extracción de recursos, así como por la presencia de destacamentos militares. La concentración de estos factores, así como la presencia de redes viales entretejen una cartografía virreinal que da cuenta de las estructuras jerarquizadas regionales y micro regionales.

De este examen surgen dos aspectos. En primer lugar, que la articulación territorial depende de la urdimbre organizada por las cinco regiones funcionales identificadas (Bogotá, Quito, Caracas, Cartagena y Popayán), pero que se gestiona a través de los centros regionales, que realizan funciones de conexión y articulación territorial hacia los centros regionales más grandes. En segundo

lugar, si bien el escrutinio cartográfico constata la organización administrativa y territorial galvanizada por una red de ciudades y caminos según la configuración montañosa de los Andes del norte, esto no implica que la lectura histórico-geográfica de la organización administrativa del virreinato obedezca a determinismos. Por el contrario, hay que poner atención a las dinámicas regionales y geográficas de cada espacio, para considerar sus variaciones territoriales, organización y administración.

El tercer capítulo, “Bogotá y las guerras de Independencia: cambios morfológicos y regionales (1800-1850)”, de Jhon Williams Montoya, aborda los cambios morfológicos y regionales experimentados por Bogotá. La crisis económica y demográfica que produjo la guerra acentuó la fragmentación de un espacio territorial ya parcelado en sistemas regionales, basados en ciudades articuladoras de redes políticas comerciales, y asimétricamente administrado y poblado.

La desestructuración del sistema urbano colonial a causa del proceso de independencia y de la posterior configuración nacional republicana permite la emergencia de espacialidades de segundo nivel, que adquieren centralidad en el marco de las nuevas repúblicas al redistribuir la economía territorial y detonar su incorporación a los núcleos administrativos nacionales. De dicha dinámica, Bogotá emerge como centralidad norandina, ya que concentra recursos administrativos estatales y religiosos, articula estrategias de combate de los ejércitos independentistas, delinea dinámicas internas y externas de mercado y define los patrones administrativos del nascente estado republicano.

La presencia de élites políticas en la urbe bogotana favorece la confección de una red de poder que sostuvo a la ciudad como centro en la articulación regional y local. Dicha

hegemonía se mantuvo sin embargo por unos pocos años, debido a la reacción regional y local que se avino sobre el país, como consecuencia de las políticas liberales, el comercio y la producción artesanal, y los procesos de homogeneización social de los sectores sociales subalternos. Estos factores, aunados a las lógicas de poder regionales, fragmentaron el espacio gran colombiano hacia la década de 1830; aunque la estructura social de clases mantuvo el patrón de funcionamiento previo a la Independencia.

El cuarto capítulo, “Rutas e itinerarios de geógrafos, cartógrafos y naturalistas en el territorio de la Nueva Granada (1750-1847)”, escrito por Lucía Duque Muñoz, atiende a las representaciones del territorio que botánicos, científicos y burócratas elaboraron sobre el territorio neogranadino y colombiano. El estudio recuerda que la crisis de la monarquía ibérica y el proceso independentista americano coincidieron con el auge de las ciencias naturales y el desarrollo de los conocimientos científicos ligados a la comprensión del espacio y la identificación de recursos naturales con fines extractivos, ambos concomitantes con las demandas administrativas entabladas por la monarquía borbónica y el naciente Estado republicano. Tanto el Estado colonial como el republicano vieron la descripción cartográfica como una herramienta representacional del espacio que permitió volver visible el territorio en términos administrativos, con el propósito de dilucidar el aspecto jurisdiccional del Estado, en un contexto en el que la dimensión territorial constituía en elemento central de la formación y disputa de las nacientes repúblicas.

Las expediciones realizadas por José del Campillo y Cossío y Bernardo Ward a lo largo del territorio español neogranadino y en

la época posterior las realizadas por Caldas, Mutis y Humboldt, permiten apreciar continuidades en la apropiación del territorio, así como significativos cambios en los modos en que la administración estatal y las demandas fiscales se tradujeron en el funcionamiento regional. Tales esfuerzos fueron plasmados en mapas regionales que, o bien acudieron a la representación del sistema administrativo religioso (continuidades) o moldearon formas nuevas de concepción burocrática del espacio, a partir de las matrices políticas introducidas por el federalismo temprano, el republicanismo y el liberalismo (novedades). Otro aspecto que ilumina este artículo, último de la compilación, es la constatación de que el territorio se construye a medida que cuaja el proyecto nacional y que no es una entidad dada a la espera de ser circunscrita.

Los textos que integran *Impactos territoriales* invitan a considerar la dimensión espacial territorial en los procesos de transformación política de fines del siglo XVIII e inicios del XIX como agente dinamizador de dichos procesos y no apenas como el escenario en el que discurrieron. Aunque queda todavía pendiente —es nuestro parecer— una respuesta a la interrogante sobre si los fundamentos de las emergentes repúblicas decimonónicas fueron territoriales o jurisdiccionales (quién tiene, administrativa y políticamente, competencia sobre qué aspectos de la vida nacional y regional, y dónde), el libro abre el debate de manera novedosa e invita a los investigadores a enfilear reflexiones en aquella dirección.

Santiago Cabrera Hanna
Profesor, Universidad Andina Simón Bolívar,
Ecuador